

A este tumultuoso estrépito que se aproxima, que resuelve de pronto todas sus irresoluciones y que por fin reposa su alma con la certeza de su muerte, quiere Ciceron recibirla á pie firme y sin huir. Manda parar á sus esclavos y que dejen la litera sobre la arena; obedecen estos, y él sin palidecer espera á sus asesinos apoyando el codo sobre la rodilla y sosteniendo la barba con la mano, como acostumbra cuando meditaba tranquilo en el Senado ó en su biblioteca. Mira con ojo impertérrito á Herennio y á Popilio y les quita el trabajo de arrancarlo de la litera presentándoles el cuello, como el hombre que adelantándose al golpe, va al encuentro de la inmortalidad.

Herennio le corta la cabeza, y la lleva él mismo á Antonio, para que ningun otro, tomándole la delantera, le prive del placer de proporcionar la primera alegría al triunviro, y del precio del crimen al que ha vendido su espada.

XIX.

Antonio, que acababa de entrar en Roma, presidía la junta del pueblo para la elección de nuevos magistrados, en el momento en que Herennio atravesaba por medio del gentío para presentarle la cabeza del salvador del pueblo.

«Ya basta, exclamó Antonio, mirando el livido semblante de aquel que tantas veces había hecho palidecer el suyo: ¡se acabaron las proscriciones!»

Con estas palabras manifestaba que la muerte de Ciceron ella sola equivalía á una

infinidad de víctimas, y libraba su ambición de la última virtud de Roma.

Mandó clavar la ensangrentada cabeza de Ciceron entre sus dos manos, que habían cortado, encima de la tribuna de las arengas, castigando de este modo la mas sublime elocuencia que jamás haya existido en los dos órganos de la humana palabra, el gesto y la voz. Empero, Fulvia, la muger de Antonio, no quedó satisfecha con esta venganza: hizo llevar la cabeza del orador: la cogió con sus manos, la colocó sobre sus rodillas, la abofeteó, sacó su lengua fuera de los labios, la atravesó repetidas veces con una larga aguja de oro que sujetaba el cabello de las matronas romanas, y prolongó el suplicio, como las Furias de que era imagen, aun mas allá de la muerte. ¡Deshonra eterna de su sexo y del pueblo romano!

XX.

Muerto Ciceron, los triunviros se disputaron la república: Octavio prevaleció. La tiranía, que hasta entonces había sido una ausencia de la libertad, se convirtió en institución: eximió al pueblo de toda virtud: proporcionó á los romanos, segun los vicios ó virtudes de sus señores, tan pronto épocas de próspera servidumbre, como reinados de degradacion moral y de sangre, que son la ignominia y la deshonra de la historia y el martirio y suplicio en globo del género humano.

Hé aquí una de las memorables páginas de la historia romana. Presentaremos otras sucesivamente.

GUTENBERG.

INVENTOR DE LA IMPRENTA.

(Año 1400 de J. C.)

La imprenta es el telescopio del alma.

Lo mismo que este instrumento de óptica, llamado *telescopio*, aproxima á la vista, aumentando, todos los objetos de la creacion, los átomos y los astros, hasta el universo visible, de igual manera la imprenta acerca y pone en comunicacion inmediata, continua, perpétua, el pensamiento del hombre aislado con todos los pensamientos del mundo invisible, en el pasado, en el presente y en el porvenir. Se ha dicho que los caminos de hierro y el vapor suprimian la distancia; pero se puede decir que la imprenta ha suprimido el tiempo. Gracias á ella todos somos contemporáneos. Yo converso con Homero y Ciceron, y los Homeros y Cicerones venideros conversarán con nosotros, de modo que puede dudarse en pronunciar si una *prensa* es un verdadero *sentido* intelectual, revelado al hombre por Gutenberg, ó una *máquina* material, pues aunque sale sin duda del papel, de la tinta, de los caracteres, de las cifras, de las letras que se presentan á nuestros sentidos, sale al mismo tiempo del pensamiento, del sentimiento, de la moral, de la religion, es decir, de una porcion del alma del género humano.

Antes de hablar del inventor, examinemos el fenómeno.

II.

Lo que constituye al hombre no son solamente los sentidos, pues los brutos tienen sentidos como nosotros, y algunos los tienen infinitamente mas delicados, mas fuertes, mas infalibles que los nuestros. Lo que especialmente constituye al hombre es el pensamiento; pero mientras tanto que este pensamiento no se revele á si mismo y á los otros por la palabra, existe en nosotros como si no existiera. La palabra no es el pensamiento, sino la manifestacion necesaria y simultánea de él. Mientras que un hombre no pueda decir: «Yo pienso!» no ha pensado, ha soñado; ha tenido instintos, no ha tenido ideas; ha sido inteligencia sin duda, pero inteligencia cautiva y dormida en la noche de los sentidos, semejante al fuego que duerme en la ceniza pero que no sale antes que la chispa. La chispa que forma la llama del pensamiento, su luz, su libertad, su actividad en el hombre y en la especie humana es la palabra el *verbo*, como le llamaban los antiguos, que entendian bajo este nombre de esta facultad verdaderamente divina, cierta cosa intermedia entre el hombre y Dios.

Tenian razon: la palabra es la revelacion del alma al alma, pues ¿quién otro que Dios pudo hacer en el alma, su obra y su misterio, aquella revelacion de ella misma?

Por eso inclinémonos á creer que la palabra no ha nacido en si misma en los labios del hombre primitivo como una cosa casual, añadido de siglo en siglo algunas significaciones vagas

á algunos sonidos inarticulados, y dando á los otros, sobre el sonido, sobre el encadenamiento, sobre la significacion de estas vaguedades humanas, lecciones que no hubiera recibido él mismo. Para llegar así de estas vaguedades intuitivas á la palabra, de la palabra á la convicción unánime del sentido de las palabras, del sentido de algunas palabras al verbo y á la frase, del verbo y de la frase á la sintaxis lógica, de esta sintaxis á la lengua de Moisés, de David, de Ciceron, de Confucio, de Racine, sería preciso suponer al género humano mas siglos de existencia sobre este globo de barro, que estrellas visibles é invisibles hay en la *Via lactea*; sería preciso también suponerle siglos sin número de embrutecimiento, durante los cuales, el género humano, ser esencialmente semejante á los brutos, un instrumento de moralidad y de inteligencia. ¿La humanidad sorda y muda durante cien mil años?.... Temería blasfemar creyendo este misterio.

Quiero mejor creer el otro, es decir, el misterio paternal del Creador, inspirando él mismo á los labios de su criatura, la palabra, el verbo, la expresión innata que nombra las cosas, viéndolas, con el nombre apropiado á su forma y á su naturaleza, pues nombrar las cosas con su verdadero nombre es verdaderamente crearlas. Si, ha debido enseñar la primera palabra y la primera lengua, aquel que ha hecho la inteligencia y el sentimiento para comunicarse, el pecho para hacer resonar el sonido de todas las fibras de nuestras pasiones, como un clave interior, siempre completo, que llevamos en nosotros; aquel que ha hecho la lengua para articular, los labios para pronunciar, la voz para llevar fuera el eco del alma. Con los vestigios de esta primera lengua perfecta, y descompuesta por algunas decadencias intelectuales, serán recompuestas las otras diversas lenguas é imperfectas, lo mismo que en las piedras de un templo destruido se reedifican lentamente en el desierto algunos abrigos para la caravana.

III.

La palabra dada, hallada ó inventada, tenía que atravesar muchos siglos para llegar á este otro fenómeno: encerrar el pensamiento inmaterial é invisible en los signos visibles y materiales, grabados sobre una sustancia palpable. Este fenómeno es la escritura, la escritura traslada de un sentido á otro el pensamiento. La palabra comunicaba el pensamiento de la boca al oído por el sonido; la escritura coge el sonido á su tránsito, le transforma en signos ó en letras, y comunica así el pensamiento de la mano á los ojos. Los ojos le comunicaban al alma por esta relación para siempre misteriosa

que existe entre nuestra inteligencia y nuestros sentidos, y hé aquí la palabra que llega á ser visible y palpable habiendo sido antes inmaterial. ¿Hay un milagro comparable á este?

Realmente no se sabe quien ha inventado la escritura, pues todo lo que es casi divino es anónimo, no es dado al hombre unir su nombre personal á un descubrimiento que es evidentemente colectivo, y que pertenece á la humanidad entera; pero es indudable que en este asunto han trabajado los hombres y no Dios solo. Una vez admitida la palabra de hecho no quedaba mas que trasladarla del oído á los ojos, es una obra difícil, pero es una obra humana. Por la escritura adquiría la palabra dos cualidades inseparables que no tenía mientras era hablada y fugitiva como el sonido. La palabra escrita adquiría la *perpetuidad* y la *transmisibilidad*; de este modo llegaba á ser eterna y universal. Podíamos conservarla siempre, y podíamos oirla por todas partes.

IV.

Por eso, desde el día en que la palabra fué escrita, el género humano en perpétua conversación consigo mismo, á pesar de la distancia, y á pesar de la muerte, experimentó progresos inmensos y casi no interrumpidos de civilización. Llegó á estar como Dios, presente en todos los tiempos. Enriqueció el pasado, cultivó el presente y elaboró para el porvenir. Escribió sus ideas, sus santos, sus historias, sus leyes, sus ciencias, sus artes, sus religiones, su tierra y su cielo. Inmovilizó por decirlo así, sus ideas fugitivas, é hizo de ellas manuscritos é instituciones. La civilización de tal ó cual país del globo se resumió casi por todas partes en una sola manifestación: el *Libro*. El universo no es mas que *Biblias*. Zoroastro, Moisés, Confucio, Mahoma, tuvieron otros tantos libros, otras tantas civilizaciones, otras tantas morales, legislaciones, filosofías, dogmas, teología, apoderándose á su vez del mundo, ó disputándose para poseerle. Y ahora el mundo pertenece al libro el mas santo y el mas universal.

Un millon de manos tomaron la caña del egipcio, la pluma del griego, el estilo del romano, el papiro, la corteza de la palmera, el pergamino de la edad media, el papel del europeo, se apresuraron á grabar en todas las lenguas la palabra, objeto de fé para el entendimiento, objeto de comercio para el arte, objeto de transporte para la industria. Los manuscritos se multiplicaron en una proporción incalculable sobre la tierra. La China, nuestra antepasada en toda invención, poseía sola, con una lengua mucho mas perfecta que las nuestras, una especie de estereotipia ó de imprenta que vulgarizaba entre sus innumerables po-

blaciones las ideas, las leyes y la religión.

En las demas partes solo la mano del hombre era la máquina del entendimiento; la profesión de los copistas era una de las mas numerosas, de las mas honradas y de las mas lucrativas de las profesiones. Los libreros sostenían millares de copistas, revendían sus copias, les daban por ellas el salario correspondiente y hacían un beneficio sobre el pensamiento. Había en Roma y en las grandes ciudades de Grecia y del Asia *barrios* particulares donde se hacía este tráfico de las ideas y de la palabra escrita. Los ricos tenían esclavos escogidos, comprados mas caros y tratados con mas familiaridad que los otros esclavos, que estaban exclusivamente consagrados por ellos á copiar las obras célebres de la antigüedad y contemporáneas para sus bibliotecas. El gobierno sostenía un gran número de ellos para sus *edictos*, y los oradores para sus discursos. Mas tarde, en tiempo del bajo imperio, fueron los eunucos, raza á la vez degradada y privilegiada, los que copiaban en Bizancio las obras maestras de la antigüedad griega, latina y hebreaica.

En fin, los frailes, copistas voluntarios, fueron los que en el silencio de sus monasterios, se consagraron á esta multiplicación de la palabra sagrada ó de la palabra profana, copiando aquellos millares de ejemplares de la Biblia, del Evangelio y de los autores ilustres de la antigüedad, en el renacimiento de las letras. Como los esclavos y como los eunucos, estos frailes, alojados, alimentados y vestidos gratuitamente en los monasterios fundados y dotados por la munificencia de los reyes, de los señores de tierra ó de los fieles, podían dar á precios muy módicos la publicidad de las obras del entendimiento. No tenían necesidad de salario, porque su orden religiosa, enriquecida con los donativos y con los dominios de la religión, podía sufragar todas sus necesidades.

Bien pronto estos manuscritos, ocupación descansada para los frailes, profesión manual y comercial para los *clérigos*, llegaron á ser un objeto de arte que puso en movimiento las obras maestras de paciencia, de caligrafía, de miniatura, de dibujo á la pluma y de colorido al pincel. El arte de la imprenta, por mucho que le hayan perfeccionado hoy los *Didot*, los *Bodoni*, los *Bentley*, y todos los grandes maestros de la *prensa*, no ha igualado todavía ni igualará nunca á alguno de estos manuscritos, sobre las páginas de los cuales, como sobre los templos de Jerusalem, de Roma ó de Colonia, han trabajado millares de manos, y se han consumido sucesivamente vidas enteras de religiosos y artistas.

Sin embargo, este modo de reproducir la palabra escrita tenía siempre dos inmensas inferioridades sobre la imprenta: era lento y caro; no producía suficientemente copias para las necesidades de un consumo indefinido de lectores, y solamente los ricos podían tener biblio-

otecas. Las luces del entendimiento eran el privilegio de la iglesia, de los príncipes, de las cortes y de los felices de la tierra; no descendían á las últimas zonas del pueblo. La cabeza de la sociedad estaba en la luz, y los pies en la sombra. Otra facultad faltaba á la palabra escrita, la rapidez. El periodismo, que camina con la prontitud del rayo, en pocas horas y en pequeño volumen de un imperio á otro, no podía existir. La palabra era un libro, jamás una página; había grandes vacíos y grandes silencios en la conversación del espíritu consigo mismo. Los progresos de la verdad, de la ciencia, de las letras, de la política, eran lentos y estaban suspensos durante largos períodos.

V.

Tal era todavía, en 1400, el estado de la palabra humana, era necesario una revolución de la mecánica, para preparar las innumerables revoluciones del pensamiento que la Providencia se reservaba cumplir en el género humano por medio de un mecánico oscuro; y lo que hay de mas notable es, que este mecánico, como si hubiese sido proféticamente inspirado por la Providencia, no hizo este prodigio por casualidad ó por codicia, como otros inventores: no, lo hizo por piedad y con la pasión santa y la conciencia presentida de lo que quería cumplir. Dijo desde sus mas tiernos años: « Dios sufre por multitudes de almas á las cuales no puede descender su sagrada palabra; la verdad religiosa está cautiva en un corto número de manuscritos que guardan el tesoro comun, en lugar de propagarle: rompamos el sello que oculta las cosas santas, demos alas á la verdad, y que vaya á buscar por la palabra, no escrita por la mano que se cansa, sino multiplicada como el aire por una máquina infatigable, á toda alma viviente de este mundo.»

VI.

Este hombre que hablaba así consigo propio y que decía estas hermosas palabras, y que se imponía este problema para resolverlo ó para morir en la pena, era GUTENBERG.

Juan Gensfleisch Gutenberg de Sorgeloch era un joven patricio, que nació en Maguncia, ciudad noble y opulenta situada en las márgenes del Rhin, el año de 1400. Su padre, Fride Gensfleisch, se casó con Elisa de Gutenberg, que dió su nombre á su segundo hijo Juan.

Es probable que si Maguncia, su patria, no hubiera sido una ciudad libre, este joven ca-

ballero no hubiese podido concebir allí, ni ejecutar allí su invención. El despotismo, lo mismo que la superstición imponen silencio; hubiera sofocado el eco universal é irresistible que este hombre de genio meditaba crear á la palabra. La imprenta y la libertad debían nacer en el mismo suelo y bajo la influencia del mismo aire.

Maguncia, Estrasburgo, Wovan, y otras ciudades municipales del Rin, se gobernaban entonces bajo la soberanía del imperio, en pequeñas repúblicas federativas, como Florencia, Grecia, Venecia y las demás repúblicas de Italia. La nobleza guerrera, la clase media y el pueblo laborioso entre las dos clases que le caracterizaban ó le oprimían á su vez, se disputaban de tiempo en tiempo, como en todas partes, la superioridad. Accesos de guerras civiles suscitadas por vanidades ó intereses, y en las cuales la victoria tan pronto quedaba por los patricios, tan pronto por los plebeyos ó por los proletarios, y varian alternativamente, vencidos, vencedores y proscritos. Esta es la historia de todas las ciudades, de todas las repúblicas y de todos los imperios. Maguncia era una miniatura de Roma ó de Atenas. Solamente los proscritos no tenían mares que atravesar para huir de su patria, salían de los muros, atravesaban el Rin; los de Estrasburgo iban á Maguncia, los de Maguncia á Estrasburgo, y esperaban que variase la fortuna en pos de sus respectivos partidos ó el llamamiento de sus ciudadanos.

VII.

El joven Gutenberg, en estas querellas intestinas de Maguncia, caballero, y combatiendo naturalmente por la causa más santa á los ojos de un hijo, por la de su padre, fué vencido por la clase media, y proscrito con todos los caballeros de su familia, fuera del territorio de Maguncia. Su madre y sus hermanas quedaron allí solas en posesión de sus bienes, como víctimas inocentes á quienes no se les imputaba el crimen de su nobleza. Su primer destierro no fué largo, y la paz se señaló por el regreso de los proscritos. Una vana querrela de presidencia en las ceremonias públicas en ocasión de la solemne entrada del emperador Roberto, acompañado del arzobispo Conrado en Maguncia, habiendo reanimado las rivalidades de las clases en 1420, el joven Gutenberg sufrió su segundo destierro á la edad de diez y nueve años.

La ciudad libre de Francfort se ofreció esta vez por mediadora entre los nobles y los plebeyos de Maguncia, y concedió su entrada con condiciones de igualdad de los patricios y de los plebeyos en la magistratura del gobierno.

Pero Gutenberg, sea que su valor en la guerra civil le hubiese hecho más temible y más hostil á la plebe, sea que su orgullo alimentado por las tradiciones de su raza, soportara impaciente el peso de los plebeyos, sea más bien que diez años de estudio en Estrasburgo debiesen ya girar sus pensamientos hacia un fin más noble que los vanos honores en una república municipal, es lo cierto que se negó á volver á entrar en su patria. Su madre, que velaba en Maguncia por su hijo, pidió á la república le concediesen una corta cantidad mensual como pensión, esto es, una módica parte de la venta de sus bienes confiscados. La república respondió que la negativa de volver á entrar en su patria era por parte del joven patricio una declaración de guerra, y que no podía pensionar á sus enemigos. Gutenberg, obstinado en su destierro voluntario y en su desden, vivió con los socorros que le suministraba su madre reservadamente.

Pero gozaba ya en Estrasburgo de una popularidad tan elevada por su carácter y por sus estudios, que un día, el primer magistrado de Maguncia, habiendo pasado por el territorio de Estrasburgo, los amigos de Gutenberg le prendieron, le encerraron en un castillo, y no consintieron en darle la libertad hasta que la ciudad de Maguncia hubiese firmado un tratado que devolvía su patrimonio á su proscrito. Así, este joven tribuno del entendimiento humano, que iba por su invención á destruir para siempre las preocupaciones de raza, y devolver con el tiempo la libertad y la igualdad civiles á todos los plebeyos del universo, comenzaba su vida, todavía ignorada, por combates de casta, contra el pueblo á la cabeza de los patricios de su patria. Pero la razón de Gutenberg, creciendo con la edad, iba á lanzar en los brazos el uno del otro á este pueblo, á este patricio que se miraban como enemigos.

VIII.

La restitución de sus bienes permitió al joven Gutenberg satisfacer sus gustos literarios, religiosos y artísticos viajando de ciudad en ciudad para estudiar en ellos los monumentos y para visitar los hombres de todas las condiciones, célebres por su ciencia, su arte y hasta su oficio. Los artesanos entonces en Alemania ocupaban casi el mismo rango que los artistas; era la época en que los oficios, apenas descubiertos, se confundían con las artes, y en la que las más grandes profesiones daban á luz sus primeras obras maestras, las cuales se admiraban por la novedad y por su prodigio. Gutenberg viajaba solo, á pie, con la valija que contenía su ropa y sus libros á la espalda, como un simple estudiante que visita

las escuelas, ó como un artesano que busca un maestro. Recorrió de esta manera las orillas del Rin, la Italia, la Suiza, la Alemania, en fin, la Holanda, no sin objeto, como hombre que deja caminar errante su imaginación al capricho de sus pasos, pero llevando por todas partes con él su pensamiento fijo, como una voluntad inmutable conducida por un presentimiento. Este pensamiento, era el de propagar con la Biblia la palabra de Dios en un número mayor de almas.

Es glorioso para la imprenta haber sido dada al mundo por la religión, y no por la industria. El celo solo era digno de construir el instrumento de toda verdad.

Se ignoran los procedimientos mecánicos que Gutenberg combinaba hasta entonces en su pensamiento; pero una casualidad los borró todos, y le aproximó instantáneamente á su descubrimiento. Un día, estando en Haarlem, en Holanda, el sacristán de la catedral llamado Lorenzo Koster, con el cual había contraído vínculos de amistad, le hizo admirar en la sacristía una gramática latina, ingeniosamente reproducida por caracteres tallados sobre una plancha de madera para la instrucción de los seminaristas. Una casualidad proporcionó á este revelador gratuito el bosquejo de la imprenta.

IX.

El joven y pobre sacristán de Haarlem estaba enamorado. Paseándose en la primavera, en los días festivos fuera de la ciudad, se sentaba bajo los sauces á orilla de los canales. El corazón afectado con la imagen de su novia, se complacía como todos los amantes, en grabar con la ayuda de su navaja la primera letra del nombre de su querida, y la primera letra de su propio nombre, entrelazados juntos en símbolo rústico de la unión de sus almas y del enlace de sus destinos. Pero en lugar de dejar estas letras grabadas sobre la corteza para que creciesen con el árbol, como sucede con otras letras que se ven al borde de los bosques y de los arroyos indicando cifras misteriosas, esculpa estas letras amorosas sobre pequeños pedazos de sauce despojados de su corteza, y sudando todavía la humedad de su savia; luego los guardaba, como un recuerdo de sus sueños y como un monumento de la ternura que tenía hacia la que amaba.

Un día, habiendo tallado estas letras en la madera verde aparentemente con más arte y perfección que tenía de costumbre, envolvió su pequeña obra maestra en una hoja de pergamino, y la llevó á Haarlem. Al desdoblarse al día siguiente la hoja para ver sus letras, quedó admirado al ver la cifra perfectamente reproducida en el pergamino por el relieve de las le-

tras, cuya savia había sudado durante la noche y reproducido su imagen sobre la hoja. Esto fué para él una revelación. Talló en madera otras letras sobre una tabla más ancha; reemplazó la savia con un licor negro, y obtuvo de este modo la primera plancha de imprenta. Pero no podía imprimir más que una sola página. La movilidad y la combinación infinita de los caracteres que las multiplicaban en proporción infinita á las necesidades de la palabra escrita faltaba allí. El procedimiento del pobre sacristán Koster hubiera cubierto la superficie de la tierra de planchas talladas en relieve, que no hubiera reemplazado á un solo cajista de imprenta movable. Sin embargo, el principio del arte estaba encerrado en la sacristía de Haarlem, y dudáramos atribuir la gloria á Koster ó á Gutenberg, si en el uno la invención enteramente accidental no hubiera sido un don del amor y de la casualidad, y en el otro una conquista de la paciencia y del genio.

X.

Sin embargo, al aspecto de esta plancha grosera el relámpago salió de entre la nube para Gutenberg; contempla la plancha, la analiza, la descompone, la vuelve á componer, la modifica, la disloca, la ajusta, la vuelve, la llena de tinta, la aplica, la oprime... El sacristán admirado de su largo silencio, asiste sin saberlo á la maravillosa operación meditada hace diez años en el cerebro de su visitador, y cuando Gutenberg se retira lleva un arte consigo.

XI.

Al día siguiente, como un hombre que posee un tesoro, y que no tiene descanso ni sueño antes de haberle depositado en secreto, Gutenberg deja á Haarlem, y sube presuroso las márgenes del Rin, llega á Estrasburgo, se encierra en su laboratorio, se fabrica él mismo sus útiles, rompe, bosqueja, desecha para volver á comenzar sus pruebas, y concluyó por ejecutar en secreto un bosquejo feliz de impresión sobre pergamino con caracteres movibles en madera unidos por un hilo, cuya faz lleva una letra en relieve de su alfabeto. Primer alfabeto, grosero, pero sublime, con veinte y cuatro letras que se multiplican como los rebajones del patriarca, y que concluyen por cubrir el globo de caracteres donde se encarnó todo un elemento nuevo y material, ¡el pensamiento!

XII.

El entusiasmo de su éxito se apoderó de él, y durmió con pena la noche siguiente. Durante su sueño turbado é imperfecto soñó; este sueño le refirió él mismo despues á sus amigos. Este sueño era tan profético y tan semejante á la verdad, que se duda, leyéndole, si era el presentimiento reflexivo de un sabio despierto, ó el sueño febril de un artesano dormido.

Hé aquí la relacion ó la leyenda de este sueño tal como se ha conservado en la biblioteca del consejero aúlico Beck.

«En una celda del claustro de Arbogasto, un hombre de frente pálida, de barba crecida, de mirada fija, se hallaba delante de una mesa, apoyando la cabeza contra su mano; este hombre se llamaba Juan Gutenberg. Algunas veces levantaba la cabeza, y sus ojos brillaban como iluminados por una claridad interior. En estos instantes Juan pasaba sus dedos por su barba, con un movimiento rápido de alegría. El ermitaño de la celda buscaba un problema, cuya resolución no encontraba. De repente se levanta Gutenberg, y sale un grito sordo de su pecho; era como el desahogo de un pensamiento largo tiempo comprimido. Corre Juan hácia un baul y saca de él un instrumento cortante; luego se pone á cortar un pedazo de madera; en todos estos movimientos manifestaba alegría y ansiedad, como si temiera ver fugarse su idea, diamante que habia encontrado y que queria fijar y tallar para la posteridad. Juan tallaba rudamente y con una actividad febril; su frente se cubria de gotas de sudor, en tanto que sus ojos seguian con ardor el progreso de su trabajo. De este modo trabajó mucho tiempo, pero este tiempo le pareció corto. En fin, empapa la madera en un licor negrozco, la pone sobre un pergamino, y lanzando todo el peso de su cuerpo sobre su mano, se sirve de él como de una prensa é imprime la primera letra que habia tallado en relieve. Contempla su obra, y un segundo grito lleno del éxtasis del genio satisfecho se exhala de su boca. Cierra los ojos con un aire de beatitud tal como los santos del paraíso, y cae de rodillas: sentóse luego, y cuando el sueño se hubo apoderado de él, murmuraba: «Soy inmortal.»

Entonces tuvo un sueño que turbó su alma. «Oigo dos voces, dice, dos voces desconocidas y de un timbre diferente, que me hablaban alternativamente en el alma. Una me dice: «Regocijate, Juan; ¡eres inmortal! ¡Desde hoy toda la luz se propagará por tí en el mundo! ¡Los pueblos que viven á millares de leguas de tí, estraños á los pensamientos de nuestro pais, leerán y comprenderán todos los pensamientos esparcidos y multiplicados como la reverberacion del fuego, por tí, por tu obral

«¡Regocijate, Juan, tú eres inmortal: tú eres el intérprete que esperaban las naciones para conversar entre sí! ¡Tú eres inmortal, pues tu descubrimiento va á dar la vida perpétua á los genios que morirán sin tí, y que todos por reconocimiento proclamarán á su vez la inmortalidad de aquel que los immortaliza!»

«La voz se calló y me dejó en el delirio de la gloria.

«Oí la otra voz que me dijo:

«Si, Juan, ¡tú eres inmortal! pero ¿á qué precio? El pensamiento de tus semejantes, ¿es siempre bastante puro y bastante santo para que merezca ser entregado á los oídos y á los ojos del género humano? ¿No hay muchos, y acaso el mayor número, que merecerian mil veces ser convertidos en la nada, que respetados y multiplicados en el mundo?»

«El hombre es mas bien perverso que sabio y bueno, profanará el bien que le haces, y abusará del nuevo sentido que le creas! Durante un siglo, en vez de bendecirte te maldecirán!

«Nacerán hombres cuyo talento será poderoso y seductor, pero cuyo corazón será soberbio y corrompido; sin tí, hubieran quedado oscurecidos; encerrados en un círculo estrecho no hubieran hecho desgraciados sino á los mas cercanos y á sus contemporáneos, por tí, llevarán el vértigo, la desgracia y el crimen á todos los hombres de todas las edades!

«¡Vé á esos millares de almas corrompidas con la corrupcion de una sola! ¡Mira á esos jóvenes pervertidos por libros cuyas páginas derraman el veneno en el espíritu!

«Mira á esas jóvenes inmodestas, infieles y duras para los pobres, porque leyeron esos libros que derraman la maldad en sus corazones.

«Ved á esas madres llorando á sus hijos.

«Ved á esos padres avergonzándose de sus hijas.

«Juan, una inmortalidad que cuesta tantas lágrimas y angustia, ¿no es demasiado cara? ¿Envidias la gloria á ese precio? ¿No te espanta la responsabilidad que esta gloria hará pesarse sobre tu alma?»

«Créeme, Juan, vive como si nada hubieses descubierto! ¡Mira tu invencion como un sueño seductor, pero funesto, cuya ejecucion seria útil y santa si el hombre fuera bueno!... ¡Pero el hombre es malo! y prestar armas á los malvados, ¿no es tomar parte en sus crímenes?»

«Yo me desperté horrorizado y dudoso; ¡tubee un instante; pero consideré que los dones de Dios, aunque algunas veces fuesen peligrosos, no eran nunca malos, y que dar un instrumento mas á la razon y á la noble libertad humana, era dar un campo mas vasto á la inteligencia y á la verdad, ambas divinas.

«Yo proseguí la ejecucion de mi descubrimiento.»

(Sueño traducido por Mr. Garaud, en Estrasburgo, segun el original.)

XIII.

Gutenberg, abrazando en seguida con una mirada, la inmensa moral de su invencion, sintió que su débil mano, su corta vida y su módica fortuna se usarian en vano en semejante obra. Experimentaba á un mismo tiempo dos necesidades contradictorias; la necesidad de asociar auxiliares á sus pensamientos y á sus trabajos mecánicos, y la necesidad de ocultar á sus asociados el secreto y el verdadero objeto de sus trabajos, temiendo que su invencion divulgada ó usurpada le quitase la gloria y el mérito de su invencion. Puso la vista en los nobles y ricos patricios que conocia en Estrasburgo y en Maguncia. Pero verdaderamente rechazado por todos á causa de la preocupacion de la nobleza, acerca de ejercer trabajos mecánicos, porque no le era permitido al noble ser artesano sin rebajarse, se vió obligado á rebajarse él mismo atrevidamente, haciéndose artesano, asociándose á los artesanos, confundiendo con el pueblo, para elevar á este mismo pueblo al nivel de la moral y de la inteligencia.

Bajo pretexto de trabajar en comun en obras de maravillosa y nueva industria, como la bisutería, la relojería, el encaje de piedras preciosas, celebró un tratado de asociacion con dos habitantes acomodados de Estrasburgo, Andrés Dritzchen y Juan Riffe, y mas tarde, con Fausto, platero y banquero de Maguncia. cuyo nombre, confundido con el de Fausto, hechicero popular de Alemania, familiar de los misterios y confidente de los espíritus, hizo atribuir la invencion de la imprenta á la magia; en fin, con Heilman, cuyo hermano acababa, de establecer la primera fábrica de papel, en Estrasburgo.

XIV.

A fin de engañar mas largo tiempo á sus asociados, sobre el objeto real de la empresa, Gutenberg, se entregó en efecto, con ellos, á muchas industrias artísticas y secundarias. Continuando en secreto sus indagaciones mecánicas para la imprenta, trabajaba al mismo tiempo en público en estos oficios. Aprendia el arte de tallar las piedras preciosas, él mismo pulia el cristal de Venecia para hacer espejos; los ponía en marcos de cobre, que enriquecía

con figuras de madera representando personajes de la fábula, de la Biblia ó del Evangelio. Estos espejos que se vendian en la feria de Aquisgran, alimentaban los fondos de la asociacion y ayudaban á Gutenberg á los gastos secretos destinados á cumplir y á perfeccionar su invencion.

Para ocultarla mejor á la inquieta curiosidad del público, que comenzaba á murmurar sospechas de brujería contra él, Gutenberg salió de la ciudad; estableció sus talleres en las ruinas de un antiguo monasterio abandonado, que se llamaba el convento de San Arbogasto. La soledad del sitio, que no era habitado mas que por los indigentes de las cercanías, cubrió sus primeros ensayos.

En el fondo de los vastos claustros del monasterio, entregado á sus asociados para sus trabajos menos ocultos, Gutenberg se habia reservado una celda siempre cerrada con llave y cerrojos, donde ninguno penetraba nunca; allí dibujaba los planos, los arabescos, las figuras de bisutería y sus cuadros de cristal; pero pasaba sus días y sus noches en perpétuo insomnio y lleno de ardor para la aplicacion de su descubrimiento. Tallaba en madera sus letras móviles; meditaba fundirlas en metal, y buscaba laboriosamente el medio de darles su forma ora en madera, ora en hierro, para hacer palabras, frases, líneas ó páginas espaseadas sobre el papel. Inventaba betunes de colores, á la vez aceitosos y secos para producir estos caracteres; bruza para esparcir esta tinta sobre los caracteres, planchas que los contuvieran, y objetos de peso para comprimirlos. Los meses y los años trascurrían y se consumían con su fortuna y con los fondos de sus asociados, en estas paciencias, en estas pruebas, y en estos éxitos y reveses.

En fin, habiendo ejecutado en miniatura una prensa que le pareció reunir todas las condiciones de la imprenta, tal como la concebía entonces, escondió este modelo debajo de su capa, y entrando en la ciudad, fué á casa de un hábil tornero en madera y en metal, llamado Conrado Saspach, que vivía en el barrio Mercier, á fin de rogarle que la ejecutara en grande. Recomendó el secreto al obrero, diciéndole solamente que era una máquina, con ayuda de la cual se proponía hacer obras de primer orden de arte y de mecánica cuyos prodigios conocería mas tarde.

El tornero, tornando, volviendo y revolviendo el modelo en sus manos, con la sonrisa desdenosa de un artesano consumado á la vista de una obra poco acabada, le dijo con aire un poco burlesco:

—Pero ¿es simplemente una prensa lo que me pedís, señor Juan?

—Si, respondió Gutenberg con un tono grave y exaltado; en efecto, es una prensa de donde saldrá bien pronto á chorros el mas abundante y mas maravilloso licor que jamás ha corrido para desalterar á los hombres. Por